

Mundialización de la Solidaridad y de la Esperanza

Pedro Casaldáliga

Con ocasión de los 20 años del martirio de "San Romero de América" se celebraron en El Salvador diferentes actos de memoria y compromiso, en medio de un verdadero estallido popular de jubileo romeriano, dentro del gran jubileo de Jesús.

Como SICSAL -Secretariado Internacional Cristiano de Solidaridad con y desde América Latina- organizamos, en San Salvador, el duodécimo encuentro mundial de solidaridad. Fue allí donde di esta charla que reproduzco ahora, sin la cálida espontaneidad con que vibrábamos en aquel auditorio de la UCA, dedicado al mártir Ellacuría.

Conocemos y sentimos muy bien la globalización neoliberal que está ahí, dominando el mundo, como sistema supuestamente triunfante: de pensamiento único, de interés único, de poder único. Cumpliendo el irónico consejo de Keynes: "Por lo menos, durante unos cien años debemos fingir entre nosotros y delante de todos los demás, que lo justo es malo y que lo malo es justo... La avaricia, la usura y la previsión han de ser nuestros dioses por un poco más de tiempo..." Nunca el mundo fue tan desigual y pobre. Nunca hubo tanta humanidad privada de ser humana. Hemos pasado de los pobres a los empobrecidos, a los excluidos, a los sobrantes.

Cuando en el mundo cabríamos muy bien todos, como recordaba Gandhi, siempre que algunos no se dedicaran prepotentemente a la usura y al despilfarro. Que haya un billón y tanto de personas con menos de un dólar por día es más que una iniquidad, siendo que bastaría cerca del 1% de la renta mundial para erradicar la mundial pobreza. Para el tema que nos interesa es bueno recordar también cómo la vivencia de ese sistema de egoísmo total -que coincide, además, con la posmodernidad narcisista- significa una crisis estructural de la solidaridad.

Dom Demetrio Valentini, gran animador de la Pastoral Social en Brasil, apuntaba: "Tal vez la crisis de la solidaridad tenga que ver hoy con la privatización de nuestros valores y sentimientos". (¡No se privatizan solo las empresas y los servicios sociales!). "Hay, en esta posmodernidad, una tendencia a la vuelta al propio ombligo. Las personas están desencantadas frente a la política y los políticos". La TV Record -una de las mayores cadenas de Brasil- hizo recientemente una encuesta entre sus telespectadores preguntando por las tres cosas que más avergüenzan al país: los políticos salieron en primer lugar, antes que el desempleo y la violencia.

"Movidas, las personas, por la publicidad, prefieren ser consumidoras a ser ciudadanas. Así se resquebrajan los mecanismos de la solidaridad, se desarticula la sociedad civil, se refuerzan las desigualdades sociales y la dominación de las élites". Recordemos que en América Latina (en todo el tercer mundo) las élites u oligarquías han sido siempre -y son- el brazo derecho de los sucesivos imperios, hoy del macroimperio neoliberal... Por otra parte, la globalización, o la mundialización, mejor dicho, es inevitable y es, además, bienvenida. En el mismo libro -Solidariedade, caminho da Paz, editado por Cáritas brasileña preparando el Jubileo-, Dom Demetrio, en el prólogo, reflexiona así: "Hoy todos constatamos la inexorabilidad de la globalización. Ella acontece y se implanta, queramos o no. Señal de que trae consigo una dinámica que se inscribe en la propia naturaleza. El mundo es, en realidad, un globo, unido por un complejo de articulaciones que imprime su marca a todo lo que en él va sucediendo. A nosotros nos cabe darle a la globalización la fisonomía humana que por vocación somos llamados a imprimir en el mundo para que en él la vida humana pueda desarrollarse y ser la principal razón de ser de todo el universo, como la Biblia nos dice desde el principio... Si es conducida por criterios de lucro y de dominación, la globalización atropella las condiciones de vida de grandes mayorías, para proporcionar ventajas a minorías privilegiadas. Por eso, es

urgente impregnar de solidaridad el proceso de globalización, para que se realice al servicio de la vida humana".

En la Agenda Latinoamericana que acabamos de preparar para el año 2001 -y que a partir de ese año será Latinoamericana -Mundial- soñamos precisamente con la mundialización otra, con nuestra mundialización y nuestra mundialidad; que quieren ser, que deben ser, réplica alternativa y profética a la mundialización neoliberal que nos imponen. Escribo en la presentación de la Agenda: "la gran novedad de la Agenda en este primer año de un nuevo milenio es que la Agenda Latinoamericana quiere ponerse mundial. No por oportunismo, sino para responder a los signos de los tiempos. Lo cual es una orden del propio Jesús de Nazaret y es el dictamen de cualquier sociología que quiera respetar la realidad... El mundo se está haciendo uno. Para bien o para mal... En América Latina hemos repetido, sobre todo en las horas más decisivas, que o nos salvábamos continentalmente o continentalmente nos hundíamos. Ahora hay que decir, con un realismo que no puede desmentir a la esperanza, que o nos salvamos mundialmente o mundialmente nos hundimos. Nadie, ningún país, puede salvarse aisladamente. Hoy más que nunca no somos islas. El mundo es ya nuestra circunstancia. Yo soy yo y el mundo..." Recuerdo después cómo la Agenda ha ido abrazando las Causas profundas de la Patria Grande. Hoy cualquier agenda humana -social, política, religiosa- debe asumir las grandes causas de la humanidad. "Esos sustantivos mayores de los cuales llenan su mentirosa boca incluso los políticos y las instituciones más cínicos: la tierra, el agua, el alimento, la salud, la educación, la libertad, la paz, la democracia (¡otra democracia, otra!), todos los derechos humanos y los derechos de los pueblos, la vida, en fin". Destacando siempre, cada vez más, los sujetos prioritarios multiseccionalmente marginados que están emergiendo con un protagonismo revolucionador: la mujer, los pueblos indígenas, los pueblos negros, los movimientos populares, las ONG...

"De esa mundialidad así entendida -añado en la Agenda- habrá que hacer una actitud, un hábito; una virtud, amasada de conciencia, ascesis, entusiasmo, solidaridad". Radicándose en la propia realidad cotidiana, claro está, nutriendo las raíces en el lugar y la memoria, postura indispensable para lanzarse al horizonte mundial y a la historia mayor. Recuerdo también, en la Agenda, que "las grandes Causas de la Humanidad son para nosotros causas también divinas: creemos en el Dios de la Vida, Padre-Madre de toda la familia humana, en todas las religiones y más allá de todas ellas, macroecuménico su corazón maternal. Al fin y al cabo, Dios y la Vida son las dos referencias más universales que palpitan en la entraña de la humanidad. Yo insistiría hoy, precisamente frente a la desequilibradora prepotencia del neoliberalismo excluidor, en una vertiente y hasta finalidad de la solidaridad verdadera, que quizá no hemos destacado bastante.

Venimos de una herencia limosnera, de caridades, de campañas de emergencia, de ayudas puntuales: que seguirán siendo necesarias, porque pobres y desgracias siempre los habrá, pero que no justifican que la solidaridad se quede ahí, puntual, coyuntural. Siempre hay que incidir también en la estructura. Y me parece que en esa perspectiva deberíamos insistir cada vez más en la igualdad, como objetivo de la solidaridad. Igualdad para las personas, igualdad para los pueblos; igualdad de dignidad, de derechos y de oportunidades. En la pluralidad de las identidades, claro está. Hay una desigualdad que es sinónimo de injusticia. La verdadera, la eficaz solidaridad ya no es sólo "el nuevo nombre de la paz", como decía Juan Pablo II. Es el nuevo nombre, el nombre definitivo, de la sobrevivencia humana. Si no se quiere propiciar "un mundo donde quepan todos", como piden los zapatistas, en el mundo no va a caber nadie. "La Solidaridad -escribo en el libro de Cáritas- es el nuevo nombre de la Sociedad humana. Ella traduciría o complementaría el derecho, la justicia, el propio amor. Siempre que se entienda la solidaridad y siempre que la Humanidad se entienda a sí misma como un solo destino, la única familia humana, la hija humana de Dios"... "Un destino común, compartido -escribe Regina Ammicht Quinn- exige solidaridad". Sé que estoy pidiendo una revolución de valores y

posiciones, de privilegios y de necesidades, de los varios mundos hacia un solo mundo, el humano, que es divino también para nuestra fe.

El monje biblista Marcelo Barros habla de la solidaridad como "el nombre nuevo de la fe". Se trata, sí, de una revolución ética y estructural, cultural, sociopolítica, económica; y sobre todo espiritual. Desde el privilegio -que siempre excluye o margina- no se puede ser solidario. En todo caso se trata -y aquí está la raíz de esta revolución- de ser solidarios/as y no sólo de hacer solidaridad; de vivir constantemente la solidaridad en la asunción común de las grandes causas de la humanidad; de vivir una solidaridad no sólo de gestos, sino también de actitudes, una virtud -como decía antes- amasada de indignación ética, de misericordia, de donación, de renuncia, de sobriedad comulgante y de praxis liberadora...? Ya se ha hablado de todos los "principios" posibles, no? El principio esperanza, el principio misericordia, el principio realidad...; valga hablar, pues, del principio solidaridad, como de "una estructura fundamental de nuestra reacción delante de las injusticias y de la forma como la Sociedad se organiza en este mundo".

Son palabras de Marcelo Barros también, aunque él las aplica al principio misericordia. En última instancia, sería la opción por los pobres integralmente percibida y vivida, como amor político también, también como militancia liberadora: como opción por el Reino de los pobres y por los pobres del Reino, dicho en cristiano. Es pura religión viva. Ver y oír la realidad, como nuestro Dios: "vi la aflicción, oí el clamor, de mi pueblo"... Sentir la realidad: "ser misericordiosos como el Padre". "Conmoverse a uno las entrañas", como a Jesús. Actuar sobre la realidad: ayudar a "hacer salir el sol y caer la lluvia para todos" como lo hace el Padre. El Nuevo Testamento nos ha desvelado al hermano universal Jesús como aquel que ha cargado solidariamente con el sufrimiento y el pecado de toda la humanidad. Hablando de revolución, hay que recordar la palabra luminosa del Che: "si sientes el dolor de los demás como tu dolor, si la injusticia en el cuerpo del oprimido fuere la injusticia que hiere tu propia piel, si la lágrima que cae del rostro desesperado fuere la lágrima que también tú derramas, si el sueño de los desheredados de esta sociedad cruel y sin piedad fuere tu sueño de una tierra prometida, entonces serás un revolucionario, habrás vivido la solidaridad esencial". He dicho que esa actitud-solidaridad debe pretender la eficacia también. El Papa, en su discurso a la ONU, el 2 de octubre de 1979, afirmaba: "Es necesario traducir la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro (Lc 16, 19-31) en términos económicos y políticos, en términos de derechos humanos y de relaciones entre el primero, segundo y el tercer mundo" (y el cuarto). Hablaremos un poco, después, de la esperanza, de globalizar o mundializar la esperanza. Es necesario recordar aquí que las tres virtudes teologales son una sola actitud y praxis teologalizadas; y, en instancia evangélica, la solidaridad es la caridad, el mandamiento nuevo, Su mandamiento, el de Jesús? Es posible, hoy sobre todo, una caridad que no sea política, si quiere ser verdaderamente humana y cristiana?

Y van dos citas de Santiago Sánchez Torrado, en su folleto de la "Colección Alternativa", La izquierda: desafíos y propuestas: "Una expresiva cita de Peter Glotz me parece muy adecuada para situar el tema de la solidaridad como contribución sustantiva de la izquierda: 'la izquierda debe poner en pie una coalición que apele a la solidaridad del mayor número posible de fuertes con los débiles, en contra de sus propios intereses'... Uno de los más graves desafíos que tiene pendiente nuestro mundo es un incremento notable de un tejido solidario: como entramado integral y equilibrado de actitudes eficaces y como establecimiento de redes solidarias...". Agnes Heller ha dicho que "la solidaridad es la cualidad más importante de la izquierda social". Todo el apartado "Un mundo solidario" del citado folleto merece una compenetrada meditación. Para sacudir la modorra y el desencanto de nuestras queridas izquierdas.

Y hablemos un poco más explícitamente de la esperanza. Olegario González de Cardedal publicó un libro, de más de 500 páginas, dedicado a la Raíz de la esperanza, editado por Sígueme de Salamanca. El enfoque es bastante personalista, para nuestro talante latinoamericano, pero es

iluminador en su conjunto. Advierte, ya en las primeras líneas del prólogo, que "tres palabras constituyen el meollo de este libro: libertad, soledad, esperanza". Y recuerda que la conciencia humana "ha estado determinada en la modernidad por las ideas de progreso (Ilustración), emancipación (Revolución), anticipación del futuro (Utopía)". La utopía de nuestra esperanza es que una auténtica revolución de valores, relaciones y estructuras haga posible el verdadero progreso para todos y todas y para todos los pueblos, en una cierta armoniosa igualdad. Nuestra esperanza se llama solidaridad, en acto, en proceso, en espera. Evidentemente entendemos, hasta por experiencia muy dolorosa, que la esperanza es procesual, sucesivamente transformadora, histórica y escatológica. ¡Nada de "final de la historia" ya! Alguien ha dicho con mucha razón que "la esperanza sólo se justifica en los que caminan". Esperamos porque desesperamos, porque esperamos contra ese mundo que se nos impone, asesino, y con los y las desesperados de la tierra: los desheredados del sistema. Sólo espera el que desespera; quien tenga hambre y sed de justicia, de cambio, de solidaridad en la común soledad e impaciencia.

"La esperanza nos ha sido dada -escribe Marcuse- para servir a los desesperados". Y Marcel explicita: "La esperanza está siempre ligada a una comunión". El consumismo, que se va saciando con los macdonalds al uso, y el conformismo derrotista que ha arriado las banderas de la militancia no tienen por qué esperar. La esperanza es lo menos light que se pueda encontrar en la vida. Y, cristianamente, "esperamos contra toda esperanza"...

Globalizar la esperanza, mundializarla, será ir haciendo que todos/as, sobre todo los excluidos, los "ninguneados" que diría Galeano, aquellos que más tienen por esperar, puedan esperar "razonablemente", sin sarcasmos por delante. Y solamente la solidaridad globalizada irá haciendo este milagro de "esperanza esperanzadora", al decir del mártir Ellacuría. La solidaridad irá haciendo de la u-topía, "no"-lugar, una humana eu-topía, un buen lugar dignamente habitable.

Decimos de la Agenda Latinoamericana que es memoria, utopía, acción. Así es la esperanza, con más méritos que la Agenda, claro. Acción, digo, también. Porque se trata de una esperanza creíble, testificada por la vida coherente, por la praxis eficaz, por la procesual transformación. "Quem sabe, faz a hora, não espera acontecer", canta hace tiempo la militancia brasileña.

Ellacuría, que hemos recordado estos días también con san Romero y tantos y tantas mártires, nos pide que nos hagamos cargo de la realidad, cargándola (descargándola también), a base de solidaridad comprometida. Ayudando a poder esperar dignamente. Citando a los mártires, testigos extremos de la esperanza, es bueno recordar que vivieron "la esperanza contra la muerte para la vida". En la última Romería de los mártires de la Caminada latinoamericana, en nuestro Santuario de Reibeirão Cascalheira, el lema era "Vidas por la Vida"; en la próxima romería que vamos a celebrar, los días 14 y 15 de julio de 2001, el lema será "Vidas por el Reino". Desgraciadamente, hasta en cristiano -en mal cristiano, evidentemente-, muchas veces la esperanza ha sido una vivencia y una predicación de "esperar sentado". El teólogo Olegario explica, holísticamente, como se dice ahora: "Espera el hombre [y la mujer, ¡caramba!] entero, como persona, es decir, como individuo religado a su prójimo y a su comunidad. Y por ser solidario de toda la naturaleza y de toda la historia, espera con ellas, y con él esperan toda la creación y toda la comunidad. La esperanza es inseparable del amor solidario". El SICSAL, desde el que hablo, nació en plena noche, o en plena lucha, y bautizado con sangre mártir; a raíz de la muerte pascual de Romero. La sangre hoy, más que derramada oficialmente es oficialmente prohibida; y la lucha ha replegado entusiasmo en muchos sectores, militantes, cristianos también. Muchos, muchas, parece que han perdido el "paradigma" de la Vida, el paradigma de la Historia, el paradigma de Jesús: ese Reino, proyecto del Padre para la Humanidad y el Universo, ahora en el tiempo y en la plenitud después. Este duodécimo congreso internacional, promovido por SICSAL en el Jubileo de Jesús y de Romero, debe relanzarnos a una solidaridad

fortalecida y a una esperanza ineludible, mundializadas en y desde nuestra América, desde el tercer mundo, desde el primer mundo solidario. Haremos todo por estar solidaria y esperanzadamente con los pobres de la tierra, hasta el fin, como Él está "hasta el fin" con nosotros y nosotras. Pedro Casaldáliga en el jubileo de Romero dentro del Jubileo de Jesús. San Salvador, El Salvador, en Nuestra América